

61

ELFIDIO ALONSO

15, RUE VILLARET DE JOYEUSE

PARIS-17^E

72-84
27-58

Paris, 19 de octubre de 1973

Señor Don Manuel Irujo
París.

Querido amigo:

Te adjunto dos de los artículos que te hablé publicados en El Día de Santa Cruz de Tenerife. No pienses que los considero de antología, pero te los remito para que veas con el tono que puedo escribir allí. Espero que poco a poco pueda decir algunas otras cosas que hagan más mella.

Recibe un abrazo de tu siempre amigo,

Elfidio

EL MODELO SUECO

PARIS-SEPTIEMBRE.— «Estocolmo es una de las ciudades más bellas de Europa, si no la más bella...», con estas palabras abrió su discurso, en el suntuoso Salón Dorado del Ayuntamiento de la capital sueca, Ilya Ehreburg, para agradecer al municipio la hospitalidad otorgada al Congreso de los Partidarios de la Paz, en 1950. Desde entonces no había vuelto a la galana y vistosa urbe del Báltico, que en los veinte años últimos ha acrecentado su esplendor con talento, ya que ha sabido armonizar la arquitectura funcional con el privilegio de un paisaje natural pintoresco. ¡Gloria a los urbanistas que no han utilizado el cemento armado para construir pantallas monstruosas que tapan el horizonte y encierran al ciudadano en muros gigantescos con el pretexto de edificar «moderno»!

Lo que es adecuado para exaltar el espíritu de las formas en la fisonomía de Suecia, sirve, y con creces, de parangón para explicarse el modo de vida de estos escandinavos, cuyos métodos sociales y políticos son considerados como meta por el resto de los europeos, a los que orgullos nacionales y egoísmos de clase impiden pagar el precio para alcanzarla.

País de bosques y lagos al que la nieve y los inviernos prolongados no le facilitan la tarea del cómodo vivir, se desenvolvía en plena miseria a mediados del siglo pasado. La emigración masiva al Nuevo Mundo era la única salida de los herederos de los rudos vikingos, hasta que descubrieron la prosperidad gracias a la pasta de papel, a la dinamita y al hierro de Kiruna. A principios del siglo las luchas sociales fueron duras, pero ya en 1920, el social demócrata Branting presidió el Consejo de Ministros, y a partir de 1932, el partido socialista ha monopolizado el poder, hasta ahora con tres jefes de gobierno sucesivos. Se ha creado una potente industria de exportación, repartiéndose la riqueza nacional de manera equitativa. La actual sociedad y el «modelo sueco» forman parte de la milagrería de la época.

En la nueva patria de los Bernadotte, la neutralidad ha sido de rigor. Persuadidos de que las correrías guerreras de un Carlos XII los llevaron a aventuras siniestras, los suecos se replugaron en su mundo dejándoles a los otros la ambición y la filosofía bélica. Se han ganado a pulso el auténtico nombre de no alineados ni comprometidos, que tantos usurpan con impudicia. En las dos guerras mundiales lograron mantenerse neutrales y fuera del conflicto.

Cuando el Congreso de los Partidarios de la Paz, que antes he aludido, no vacilaron en facilitarles en su territorio, pudiendo reunirse allí lo más granado del progresismo mundial, para solicitar la abolición de la bomba atómica, entonces solamente en poder de los americanos. Pero desde que vieron que el famoso «Appel» de Estocolmo, no era sino un instrumento de Moscú, condenatorio de la bomba mientras ellos no la tuvieran, ataron corto las manifestaciones y guardaron sus distancias con el Comité presidido por el premio Nobel Joliot Curie. Conoció de cerca la firme actitud de Tage Erlander, el Jefe del Gobierno, y puedo decir que el socialismo sueco no entró ni salió en aquella propaganda del Manifiesto que lleva el nombre de la capital del reino, cuyos objetivos ocultos aún no veían tantos y tantos millones de personas bien intencionadas que lo suscribieron horrorizadas por las consecuencias de Hiroshima.

Cuarenta años de permanencia en el poder terminan totalmente por producir una crisis en un régimen democrático. El resultado de las elecciones del 16 de septiembre demuestran que los socialistas han retrocedido, y que si bien continúan siendo el grupo más numeroso —y con mucho— en el país, la coalición de los tres partidos burgueses reúne mayor cantidad de sufragios, necesiéndose la aportación de

los comunistas, alianza jamás buscada por la social democracia sueca, para estar en tablas en la Cámara de Diputados.

Pasé las semanas que precedieron la elección, en Estocolmo y Göteborg, el gran puerto del sur y la segunda ciudad sueca. Para darse cuenta que el país iba a ser llamado a las urnas, necesitaba el observador extranjero informarse con insistencia entre sus amigos de la magnitud de la lucha. En ninguno de los dos campos combatientes aprecié la pasión y el nerviosismo a que estamos acostumbrados en otras latitudes.

Una contienda electoral cifrada en interpretaciones administrativas y polémicas económicas, tiene más de científica que de lo que comunmente llamamos política. Tanto el mundo burgués, gerente de la economía, como el mundo del trabajo —en Suecia no se dice obrero— están integrados en el sistema y la disputa se produce por la diferencia de estilo en la gerencia de la riqueza nacional que todos aprovechan. Los marginados del izquierdismo y de las jóvenes corrientes revolucionarias no conformistas aparecen sin la fuerza y la decisión para alterar el statu quo, aunque hayan influido de cierta manera en desequilibrarlo. Los elementos explosivos que en otros países dividen a los ciudadanos no afectan al pueblo sueco. La querrela de las lenguas, como en Bélgica, o las diferencias raciales de los norteamericanos son desconocidas en Escandinavia. Aquí el Estado no es la expresión de distintas nacionalidades. Respecto a las pugnas religiosas y los prejuicios morales que provocan las explosiones latinas, a los suecos no le quitan el sueño porque no padecen el temor de condenarse.

Es verdad que existe un litigio entre la monarquía y la república, pero es puramente académico. Se habla de la cuestión de régimen sin dogmatismo ni acritud. Los socialistas, republicanos por principio, han coexistido con los dos últimos monarcas, a los que guardaron el respeto que merecían. En la nueva Constitución, que no está definitivamente aprobada, el Rey tendrá aún menos poderes que actualmente, lo que han aceptado, sin rasgarse las vestiduras, los partidos burgueses.

El joven príncipe que ha subido al trono, está educado en la misma tónica que sus ascendientes más próximos. Gustavo V y VI, esos dos grandes señores que veíamos jugando al tenis en la Costa Azul, cuando Cannes y Niza eran elegantes. Lo probable es que el rey Carlos Gustavo XVI vaya, sin historias, a enriquecer la gran galería de retratos del Castillo de Gripsholm, iconografía única en su género, mucho más vasta que la National Portrait Gallery londinense.

Como es casi seguro que veamos al jefe socialista Olaf Palme, en el poder o en la oposición, esperando su turno en las taquillas de las estaciones para comprar su billete, tal y como han prodigado su imagen las cadenas de televisión: pues la igualdad se cultiva en Escandinavia como un orgullo nacional. En ese cosmosnórdico el modelo de vida no está supeditado a ningún dogma ni a principios inmutables. En las horas sombrías por las que pasa el socialismo en Occidente, el modelo sueco es impermeable. La llamada lucha de clases se practica sin el odio clasista que tiene a la sociedad en guerra civil permanente.

Y para que todo se encuentre en Suecia a la escala humana, hasta la idea arcádica del Paraíso terrenal, instalado en estas aguas frías del Báltico, se considera como una especulación del espíritu, pues los arduos problemas de cada día y la insaciable insatisfacción humana, no permiten a nadie instalarse en el confort intelectual.



Los libros, las ciudades y los hombres

Miranda en el Puerto de la Cruz

El Puerto de la Cruz ha confirmado, una vez más, su vocación cosmopolita al erigir la estatua en memoria de Francisco de Miranda, una de las figuras más esclarecidas del siglo XVIII, centuria fértil en personajes insignes.

Desconozco al busto del sin par americano nacido español de padre tinerfeño, pero me dicen quienes lo han visto que no es una representación feliz del audaz visionario. Sería injusto cargar de reproches al escultor por haber seguido la constante de casi todos los que se han ocupado del Precursor de la Independencia hispanoamericana, pues por uno de esos misterios que la historia tiene el secreto, la polifacética figura del criollo no ha sido tratada sino a retazos, esfumándose la brillantez del hombre de cuerpo entero entre anécdotas y episodios desafortunados.

Siglo y medio después de su muerte, Miranda se le escapa a los historiadores con el mismo verbo con que salió incólume de las tupidas redes de la Inquisición y de los largos brazos de la Corona, que no lograron tomar venganza del escurridizo andariego sino cuando, en declive, pudieron echarle mano porque lo entregaron sus compatriotas, necesitados de un chivo expiatorio con que justificar la pérdida de la Primera República de Venezuela.

Mi propósito no es de ocuparme del proceso ingente de la Independencia, en el que la capitulación suscrita por el Generalísimo Miranda ha motivado una parte importante de su leyenda. Si bien es cierto que los grandes hombres padecen en la historia las consecuencias de su caída, en el caso que nos ocupa la imagen ha sido deformada por generaciones imbuidas del delirio patriótico de gloria, dando lugar al invento de una apocalipsis del ser mirandino, cuya expresión más conocida es el cuadro del pintor Michelena: «Miranda en la Carraca», donde el arrogante don Francisco aparece cargado de cadenas y tribulaciones, como símbolos del fracaso de una vida. La verdad histórica y la simple verdad no perderían nada si un día la pinacoteca caraqueña resuelve guardar tal cuadro entre sus reservas.

Porque Francisco de Miranda no fue un personaje de infortunio, ni el eterno vencido en sus empresas. Cuando en el ocaso de su vida organiza expediciones y lo empujan a presidir una batalla por entonces perdida, ya había apurado las delicias del éxito andando por los caminos del mundo en gozo dionisiaco con la cultura de su tiempo y del brazo de los dioses del Olimpo. Preferido de Venus, Marte no le fue siempre infiel, como quedó probado en la toma de Amberes al frente de los soldados de la Revolución Francesa. Michelet, el gran historiador, le hizo justicia contra las calumnias de Dumouriez, el general en jefe, que también quiso hacerlo su chivo expiatorio para justificar su derrota en Neerwinde y su traición pasándose al enemigo. El feroz Tribunal Revolucionario, ante el que se presentó Miranda, lo declaró inocente y héroe de la Revolución, saliendo en los hombros del pueblo, como Marat. Años más tarde, la sentencia histórica fue confirmada por uno de sus compañeros de entonces, el general Egalité, desertor de las tropas revolucionarias con los generales Valence y Dumouriez, que al venir a reinar en Francia con el nombre de Luis Felipe, tuvo el gesto reivindicativo de buena conciencia ordenando grabar en el Arco de Triunfo de París el nombre del general Miranda entre los héroes franceses de los tiempos modernos. Su retrato se encuentra también en Versalles, en la sala de los generales de la Revolución.

La posteridad ha otorgado a Francisco de Miranda muchos monumentos en calles y plazas. Su nombre denomina avenidas y provincias; sin embargo, todavía no le ha dado una biografía que comprenda todos los aspectos de su complejidad y relate y analice el significado auténtico de sus andanzas. En Venezuela y en otros lugares de América, se han ocupado de él escritores excelentes, como Mariano Picon Salas y José Nuceti Sardi, así como el eminente historiador C. Parra Pérez, por no citar sino los más recientes. También el profesor norteamericano Robertson, uno de los descubridores del Archivo mirandino, en 1922, ha hecho una biografía del personaje utilizando parte de sus materiales. Con mayor o menor acierto, tanto los mencionados, como los que no cito, que son muchos, no logran encontrar al hombre. Dan la impresión de no quererlo, de no haberlo comprendido, de no serles simpático. A los venezolanos porque el subconsciente colectivo de la generación del mito heroico colean aún, en estos tiempos del materialismo histórico; y a los otros, porque imperiales o puritanos, la nube de prejuicios les impide ver claro.

Miranda fue siempre un solitario, no tuvo clanes y luchó contra la corriente. Su ambición de joven español culto de la Colonia lo impulsó a ir a la Corte en busca de una situación que le mantuviera caraqueños le regateaban a él y a su familia en Madrid logró entrar en el ejército como

capitán del regimiento de la Princesa. Con su enorme capacidad intelectual estudió y asimiló las ideas generales de su época, que eran las de los enciclopedistas. De ahí viene la inquina inquisitorial que lo persiguió como su sombra. De guarnición en La Habana le hacen un proceso tenebroso que le obliga a pener mar de por medio, empezando una larga carrera de viajero, que es lo que más me ha interesado de su fecunda historia.

El periplo del joven caraqueño comienza en los Estados Unidos, por cuya independencia había luchado en Pensacola como oficial del ejército español. A Londres, la segunda etapa de sus andanzas, llevó el conocimiento personal de los hombres de la liberación norteamericana, que le abrió las puertas de las élites políticas británicas. En aquella época la juventud de la Ilustración completaba su cultura con los viajes. La moda exigía hacer el «Grand Tour», por la Europa de los príncipes brillantes y de los museos y las excavaciones en boga. Miranda se lanza en esta aventura, y su libro de notas constituye el documento más preciso y exaltante que he leído sobre los usos y costumbres de los finales del Antiguo Régimen. Sus apreciaciones no desmerecen de las de su contemporáneo Goethe, que visita Italia unos meses después que él; siendo sus juicios y noticias más completos y extensos que los del Presidente de Brosse y mucho más objetivos, vastos y desinteresados que los del conde de Segur en sus famosas Memorias.

En los 63 tomos de su Archivo, publicados por el gobierno venezolano a partir de 1929, los libros referentes a sus viajes son una fuente preciosa para los historiadores del siglo XVIII que, desgraciadamente, se conserva inédita. De lectura difícil, por estar redactado en distintas lenguas, esas notas necesitan el complemento de sus numerosas cartas y documentos recopilados con desorden, para llegar a obtener una interpretación adecuada, que está por publicar. Esa edición, en la que se dejaron fuera muchos anexos, debería rehacerse con otro criterio y nuevos métodos. Fotocopiar el tesoro recopilado por Miranda y repartirlo en las grandes bibliotecas y universidades del mundo, sacándolo del mausoleo en que yacen en la Academia de la Historia venezolana sería, a la larga, más venerable para su memoria que el nombre de una plaza o de una calle. ¡Desgraciadamente no hemos aún llegado ahí!

Creo ser una de las contadas personas que ha tenido la dicha de seguir los pasos de don Francisco de Miranda por el escenario de su geografía. Su inventario es impresionante, pudiéndose todavía contemplar mucho de lo que dejó descrito. En la hora de Europa que fue testigo, todo es de primera mano. Su ojo fotográfico al servicio de su alta honestidad intelectual, otorga a sus testimonios valor documental probatorio.

Viajar siguiendo sus itinerarios es encontrarse con su portentosa erudición, fuera de lo común. En la Italia neoclásica y en la Grecia intemporal, el guía Miranda no ha perdido vigencia. Seguirlo por las mezquitas de Constantinopla, escapando milagrosamente de los agentes de Floridablanca, o imaginarlo en los conventos de Ucrania, todavía recintos del culto ortodoxo en el país de los soviets, es reconstruir la magnífica novela de su vida. Vida primorosa, de transeúnte en las Cortes de Catalina, su protectora —y no su amante, como tontamente se ha dicho— en el Sans-Souci de Federico de Prusia, en los palacios de los príncipes y los reyes, de los que ha dejado retratos certeros que explican la psicología de los personajes. En las tertulias de las élites del Despotismo ilustrado, Miranda se movía como pez en el agua: sabía de todo, había conocido a las personas influyentes al otro lado de la frontera. Sus opiniones y sus reseñas eran inestimables en los medios políticos y financieros de una sociedad que ambicionaba ser cosmopolita con comunicaciones rudimentarias.

Le he podido completar recientemente lo que me faltaba del recorrido mirandino: los países escandinavos. Atravesando el Gran Belt en confortable ferryboat, no podía menos que sentir grima por su intrepidez de navegante en barcas en los hostiles mares del norte. Este Quijote de la alegría del andar, salía de los salones elegantes del rey Gustavo III de Suecia o de los suntuosos castillos de Cristian VI de Dinamarca para sumergirse, con su criado, en la intemperie, en carricoches desvencijados. Pero había rellenado de nuevas ideas sus bagajes y saciado su siempre insatisfecha curiosidad. Los diálogos con sabios y artistas, con gente de teatro y con filósofos le interesaban tanto como sus conversaciones con los poderosos, que en ese tiempo tenían cierto sentido reverencial por la inteligencia.

Puede que estos grandes rasgos de su característica le falten al Miranda oficial presentado y representado en el Puerto de la Cruz. No importa, allí está el símbolo universal de este descendiente directo de un tinerfeño.

COLABORADORES EL DIA

Por Elfidio
ALONSO
RODRIGUEZ



Los libros, las ciudades y los hombres

64

PABLO NERUDA, UN VIEJO CONOCIDO

París-octubre.— No resisto a la tentación de rememorar a Pablo Neruda, que trae a mis recuerdos tantos encuentros y situaciones en el largo camino de nuestra accidentada existencia. Cada vez que muere un conocido arrastra una parte de nuestra propia vida. En el caso de Pablo, pasé muchas veces al lado de su brillante ruta, no solamente por azar, sino que nuestro destino andariego facilitaba las coincidencias. Lo conocí en Madrid a los pocos días de su llegada a España, en junio de 1934, y lo vi en París cuando ya se tenía mal de pie, antes de irse definitivamente de Europa. Entre una y otra fecha transcurrieron casi 40 años en los que no pasé de ser el espectador del personaje, ya que no siempre se podía estar de acuerdo con el militante, aunque se admire y nos deleite el poeta.

Ahora no le faltan flores en su tumba. Los adversarios se inclinan ante el genio y los partidarios lo exhiben como argumento definitivo; en el ambiente dramático en que se ha precipitado el desenlace de su última residencia sobre la tierra, los juicios polémicos me parecen irreverentes. Dejemos que establezcan sus distancias los obligados a tomarlas, esfumándose en los distingos, pues nosotros bien podemos afrontar el pasado recurriendo a la anécdota. Además, sin anécdota no hay biografía.

Cuando Neruda vino a Madrid ya conocíamos parte de su obra los que seguíamos atentamente el movimiento literario de vanguardia. En casa de los Morla, diplomáticos chilenos, había oído hablar de él, y fue allí donde nos presentaron.

El apartamento de Carlos Morla Lynch, en la calle de Velázquez, era el cenáculo de la intelectualidad vanguardista. Las puertas estaban siempre abiertas para los amigos y conocidos, y no tenía límite la generosidad de los anfitriones, duchos en sus maneras elegantes de recibir. Estas reuniones guardaban cierta semejanza con los salones literarios del París fin de siglo en los «Beaux Quartiers», naturalmente que con el estilo a la española de los invitados. El mayor ingrediente se lo daban la gracia y el talento de Federico García Lorca, amigo entrañable de la familia, y también, la pléyade de poetas de la generación del 27 —la de Pablo Neruda—, última de gran aliento en la lírica hispana. Si bien no fui asiduo asistente a estos agradables conciliábulos, porque en aquella época mi actividad política no daba cuartel a mis inclinaciones literarias, a veces, no podía sustraerme al placer de acompañar a nuestro Salvador Quintero, ese amigo fabuloso, a quien le cortaron las alas otros acontecimientos posteriores, para desgracia suya y del pensamiento canario. La simpatía y el ingenio de Quintero se imponían entre unos contertulios como Cernuda, Manolito Altolaguirre, Eugenio Montes, Pedro Murlan Michelena, Santiago Ontañón, Gustavo Pirtaluga, el capitán Iglesias, los condes de Yebes... y, más tarde, Pablo Neruda.

¿Cómo era Pablo cuando se presentó en Madrid? Mejor que la descripción que se me ocurre, es la de Carlos Morla, publicada en su libro de memorias: «En España con Federico García Lorca», fuente preciosa de datos y apreciaciones para el conocimiento del mundo intelectual de nuestra pre guerra, ya que apunta con su lápiz de fino periodista el perfil de casi todos los que pasaron por su casa, que fue lo más granado de la «intelligentsia» liberal de entonces, aunque, posteriormente muchos la abandonaron. Pero para éstos, Ortega, también pontífice en esta tertulia en sus ratos perdidos, les buscó, filosóficamente, una salida: «El hombre y sus circunstancias».

«Por fin, Neruda,—escribe Morla, que no lo conocía personalmente— lo encuentro con Federico (García Lorca) en el bar Baviera, de la calle de Alcalá. Almorzaron ambos en casa. Me esfuerzo por penetrar su fisonomía, su carácter humano: es pálido —una palidez cenicienta—, ojos largos y estrechos, como almendras de cristal negro, que rien en todo tiempo, pero sin alegría, pasivamente. Tiene el pelo muy negro también, mal peinado, y manos grises. Ninguna elegancia. Los bolsillos, llenos de papeles y de periódicos. Lo que en él me cautiva es su voz: una voz lenta, monótona, nostálgica, como cansada, pero sugestiva y llena de encanto».

El señor cónsul de Chile en Barcelona, el poeta Pablo Neruda, gustaba más de la Villa y Corte que de la Ciudad Condal. En Madrid estaban sus amigos chilenos: Undurraga y el músico Acario Copato; García Lorca y Alberti, que había conocido en Buenos Aires, y los poetas jóvenes de su ando: Alejandro Cernuda, Emilio Prado, Altolaguirre. Con ellos lo veíamos todo el tiempo, bien en casa de Morla o en el Club Anfitrión, nombre que le inventó Federico al teatro de Pura Ucelay, en los altos del cine Capitol. La casualidad colmó sus deseos de oficializar su estancia madrileña, ya que la ilustre poetisa Gabriela Mistral, entonces en funciones consulares en Madrid, tuvo que abandonar precipitadamente su cargo porque la revista «Familia» de Santiago, le jugó una mala pasada publicándole una carta particular en la que sus juicios sobre España no eran compatibles con lo que, en lenguaje diplomático, se denomina «persona grata». Neruda la sustituyó, no privándose Madrid de los condor de los Andes.

En esa época, mediados de 1935, yo no tenía tiempo de leer versos ni de ver a los poetas. «Caballo verde para la poesía», —la revista que entonces dirigió Neruda— no lo escuché trotar sino más tarde. Fue una noche de las que, gloriándose al revés, el título de un libro de Azorín: «Madrid bombardeado, París sentimental», vinieron a mi casa Pablo Neruda y Manolito Altolaguirre. Vivía yo entonces en la calle de

Viriato, con mi amigo y compañero Fulgencio Díez Pastor, hoy metido a librero en la Puerta del Sol. Altolaguirre tenía su famosa imprenta «La Verónica», dos casas de por medio y Pablo moraba cerca, en la casa de las Flores, en el barrio de Argüelles. La guerra acababa las peñas de los cafés y los amigos resucitaban la desusada costumbre de hacer visitas. En las que nos hicieron varias veces los dos poetas, la divina retórica, de que habló Rubén Darío, nos hacía olvidar el traqueteo de las ametralladoras rompiendo los silencios de las noches dramáticas. La voz de Pablo, monótona y cansada, era canto de salmos, melopea de liturgia inolvidable. En una emisión que hizo la televisión francesa, al día siguiente de su muerte, Neruda continuaba su recital con el mismo ritmo y parsimonia de sus empezares, que era siempre monótono para proclamar sus furias o para cantar las epopeyas telúricas.

La guerra se acercaba a La Moncloa y los políticos, los intelectuales y los diplomáticos se desplazaron al Levante. Se iba al frente en tranvía. Yo también me desplacé, pero de la calle de Viriato al Barrio de Salamanca.

No volví a encontrarlo hasta México, en 1941, donde era cónsul de su país. Como todos, sentía el impacto de la plástica mexicana. La extraordinaria y mítica canción plasmada por Diego Rivera en los frescos del palacio de Cortés en Cuernavaca y en el Palacio Presidencial del Zócalo, capillas Sixtinas de la demagogia, le abrieron las puertas al Canto General, poema grandioso de la épica castellana de todos los tiempos. En aquel México de la guerra, al que habían sido aventados millares de refugiados de toda Europa, se encontraba a Pablo cada vez más militante. Las culturas precolombinas revolían su sangre mestiza, pero los poetas no son como los pintores, necesitan manifestarse con la lengua. España en el corazón, pesa como una loza a cuantos se expresan en español. Ni las pirámides de la civilización muerta, ni la magia de las aguas insondables de la laguna de Atitlán, o las ruinas impotentes de Machu Picchu, han podido evitar que el verbo del poeta, en busca del mundo indio americano sumergido, salga a borbotones, en castellano, sometido al Imperativo de la lengua.

De México volvió Neruda a su Chile, donde lo eligieron senador, entrando de lleno en el ciclo infernal de la política. Fue en el período de González Videla, presidente gracias a los votos comunistas, partido que obtuvo tres carteras ministeriales. Al producirse la ruptura entre Videla y sus antiguos asociados, Neruda moja su pluma en la tinta del militante y publica en «El Nacional» de Caracas un famoso artículo, que sería el primero de sus absolutas fidelidades. Desaforado de la inmunidad parlamentaria, el poeta se va a la clandestinidad y reaparece en París en 1949.

Su nueva entrada en escena fue espectacular. Con motivo del primer «Congreso mundial de los partidarios de la paz», celebrado en la sala Pleyel, el ex ministro francés Yves Farge, interrumpió los trabajos de la Asamblea para anunciar una noticia importante. Del fondo del escenario salió Pablo Neruda, presentado como el prototipo del perseguido. Prototipo, o no, es evidente que era un perseguido ilustre. Como me encontraba en la sala, en compañía de otros amigos, pasamos a saludarlo al escenario donde se hallaba rodeado del otro Pablo, Picasso y de Luis Aragón.

En este período Neruda viajó mucho por Europa. Por primera vez visitó Moscú y las capitales de las «democracias populares». Me lo encontré en Varsovia, en compañía de Alberti y Pepe Bergamín. La clara y dieciochesca capital de Polonia estaba aún a medio reconstruir de las destrucciones masivas de la guerra. En el «hall» del hotel Europa pudimos recordar nuestras veladas madrileñas, quince años antes, mientras un grupo de estudiantes chinos, todavía considerados en aquellas latitudes como «hermanos en la revolución», cantaban el pasodoble de «El Vito», al reconocer a los poetas y sus contertulios.

No volví a verlo hasta que fue excelentísimo embajador. Ya era premio Nobel, premio Lenin y, ¿por qué no decirlo? el primer poeta de lengua castellana y una de las figuras prominentes de la literatura universal. Su nombramiento diplomático fue mal acogido en Francia por la política y el periodismo «chauvin», que le recordó esos versos políticos de circunstancias que nada añaden a su gloria. Naturalmente que el presidente Pompidou, hijo de profesor de español y autor de una antología poética, lo recibió como un amigo.

Pero Pablo no pudo dar su medida como embajador. La enfermedad cruel corroía su naturaleza. La última vez que nos vimos fue en la embajada de México en la fiesta conmemorativa del «Grito de Dolores». Caminaba mal y se le había puesto un perfil que me recordaba a Alejandro VI en el fresco del Pintoricchio en los apartamentos Borgia del Vaticano.

Como supo que días después nos íbamos a Venezuela, nos envió unos libros suyos para que se los llevara a Miguel Otero Silva, su amigo de siempre. Con esos libros tuvo la delicadeza de adjuntarnos un ejemplar de su discurso de Estocolmo, cariñosamente dedicado.

Otero Silva, apenas supo del golpe de los militares chilenos, le telegrafió ofreciéndole su espléndida residencia de Caracas. Pero ya no hacía falta. La voz de Pablo se apagó casi al mismo tiempo que la de Salvador Allende. Cuanto se diga de él es ya literatura e historia.